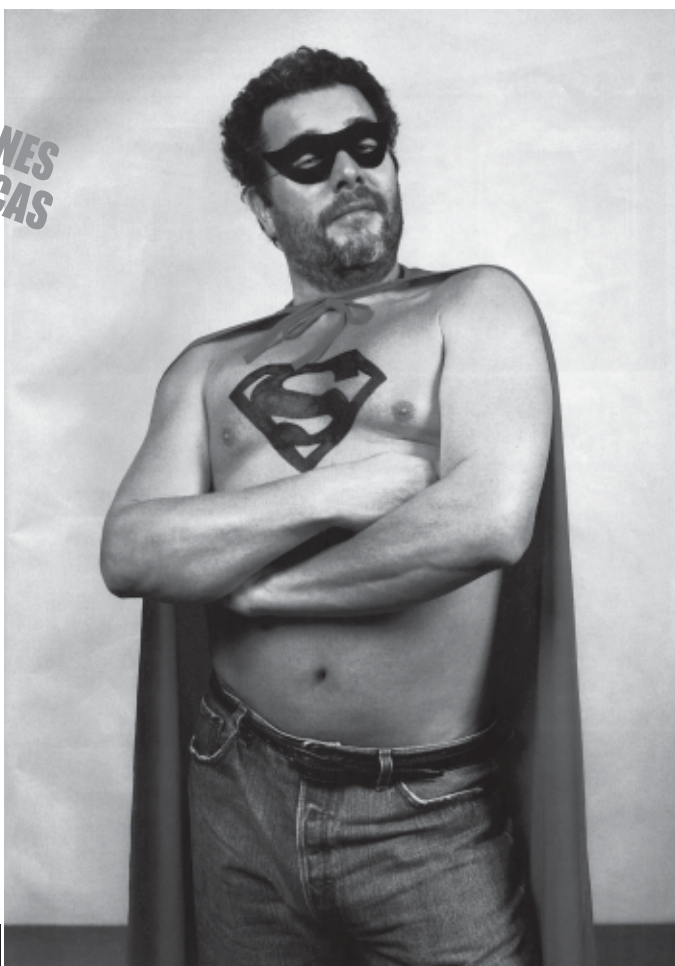


La masculinidad y los jóvenes adolescentes

REFLEXIONES
PEDAGÓGICAS

Abordar una temática nueva, como es la masculinidad y la adolescencia en los jóvenes, implica dar respuesta a algunas preguntas previas que dicen relación con el estado de avance de los estudios sobre el hombre y la masculinidad.

José Olavarría¹



¹ Sociólogo, profesor investigador, FLACSO-Chile.

* Las ilustraciones de este artículo, pertenecientes a distintos autores, fueron extraídas de los catálogos de publicaciones de editorial Taschen correspondientes a los años 2003, 2004 y 2005.

El hombre como objeto de estudio

La mujer ha sido objeto de investigación a lo menos desde la segunda guerra mundial, fundamentalmente a partir de su incorporación masiva al mercado del trabajo, cuando las funciones que habitualmente ejercían los hombres en la producción quedaron, en cierta medida, descubiertas ante la obligatoriedad de partir al frente como combatientes. Acabada la guerra, los hombres retomaron sus trabajos. Una proporción de las mujeres regresó a sus hogares; se produjo un aumento sustantivo de nacimientos y volvieron a ejercerse los roles que habían sido habituales al interior de las familias. Al tiempo, algunas de ellas se reintegraron al mundo laboral y se encontraron con que sus puestos habían sido ocupados y que las remuneraciones eran, para trabajos semejantes, más bajas en las mujeres que en los varones.

Se constató, así, que la incorporación de una cantidad importante de mujeres al trabajo remunerado produce un quiebre de los roles tradicionales tanto de las mujeres como de los hombres; las primeras ya no sólo cumplen con la crianza de sus hijos, sino también pasan a ser las proveedoras del hogar. A partir de esta experiencia y otras relativas a la igualdad y equidad entre hombres y mujeres se profundizó la reflexión en el mundo académico, especialmente la discusión encabezada por los movimientos, activistas e intelectuales feministas que plantearon la pregunta sobre qué es lo que hace la diferencia entre los hombres y las mujeres, donde si bien los cuerpos son distintos —los hombres tienen pene, las mujeres, vagina— ésta no es razón suficiente para justificar las inequidades y la dominación a que se veían sometidas las mujeres por el hecho de serlo.

A partir de los años 50, la agenda feminista, siguiendo a Simone de Beauvoir, se ve marcada por la afirmación: “las mujeres no nacen mujer, se hacen mujer y aprenden a ser mujer”, que centra en la cultura y no en la naturaleza la fuente de las inequidades de género. El debate, la reflexión y el activismo de los movimientos de mujeres de los años 50 a 70 se plasma en 1979, en la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas

de Discriminación contra la Mujer (CEDAW, en inglés), la que establece derechos específicos de la mujer que desde ese momento son reconocidos internacionalmente y pasan a formar parte de las agendas internacional y nacionales. Desde allí, se amplía el debate sobre los derechos de las mujeres y los niños y se van aprobando diversas convenciones como la de Derechos del niño (1989), la de Belén do Pará (1994) contra la violencia doméstica; demandas que son recogidas por las Conferencia de El Cairo sobre Población y Desarrollo (1994) y de Beijing (1995) sobre la Mujer y reafirmadas en El Cairo y Beijing +5 (año 1999 y 2000) y +10 (años



El levantamiento de temas desde el mundo de la mujer y otros procesos históricos problematizan lo que hasta el momento se definía como masculinidad.

2004 y 2005). Parte importante de estas agendas nacionales e internacional actualmente incluyen además los planes de igualdad de oportunidades y los derechos sexuales y reproductivos.

Dichas convenciones abren nuevos planteamientos. Por ejemplo, cuando se dice que niños y niñas tienen derecho a ser educados significa que los niños no son los que deben primero ir a la educación y después, si existen las condiciones, lo harán las niñas; sino que todos, tanto niños como niñas, tienen el mismo derecho a educarse. Con respecto a la violencia doméstica, se protege a mujeres y niños de las agresiones de los varones, se castiga socialmente a los agresores y se penaliza la violencia de los hombres contra las mujeres. Se pone límite a comportamientos que históricamente los varones y la sociedad en general consideraban propios de la autoridad de los hombres y de su poder como proveedores y jefes del hogar.

El levantamiento de temas desde el mundo de la mujer y otros procesos históricos problematizan lo que hasta el momento se definía como masculinidad y se inician los estudios sobre el "ser hombre", pasando a ser los hombres objeto de estudio. Entre dichos procesos se encuentran:

Los propios hombres comienzan a cuestionarse acerca de su identidad, sobre la masculinidad, sobre lo que es ser hombre.

La inestabilidad laboral y la precariedad del empleo, fenómeno que quizás ha sido el que ha tenido mayor efecto, se relaciona con la globalización de la economía. La apertura de los mercados y, especialmente en el caso de Chile y América Latina, el cambio de un estado benefactor a un estado subsidiario, ha implicado la modificación de la legislación del trabajo, imponiéndose una

flexibilidad laboral que produce inestabilidad en el empleo.

Además, estas políticas, por una parte, han ido suprimiendo los subsidios estatales, base de la educación y la salud gratuita, focalizándolos en los sectores de extrema pobreza. El resto de la población satisface sus necesidades educativas y de salud en el mercado libre que no tiene regulaciones efectivas. Por otra, se ha disminuido el tamaño del Estado despidiendo a un número importante de funcionarios públicos.

Este proceso ha tenido un efecto principal en los hombres, porque los empleados estatales eran principalmente varones, y fueron ellos finalmente los más afectados. Y en el sector privado, los que quedaban cesantes en una proporción importante también eran los hombres. Todo lo cual significó que la situación de los varones, que contaba con un trabajo estable y jubilación así como con salud y educación gratuitas garantizadas para su familia, se hizo más frágil.

La masculinidad, la forma de ser hombres, que habían aprendido los varones para ser tales y a su vez enseñado a sus hijos, entra en crisis. Crisis en el sentido de que ya no va a resolver, de una manera semejante a lo que había sido la tradición aprendida, una cuestión central en su identidad: el ser proveedor, jefe y autoridad en el hogar. Se resquebraja así el modelo de familia que primó durante todo el siglo XX. Esta es una situación que no sólo cambia porque se perdió la estabilidad laboral, sino que porque un hombre sin trabajo o con temor a la cesantía pierde autoridad ante quienes debe proteger, es un personaje que se siente débil, con baja autoestima. En el caso de las mujeres este proceso es distinto, porque su identidad estaba marcada por la crianza, antes que por el trabajo remunerado.

La *decisión de las mujeres sobre la maternidad*, que ha obligado al hombre a perder poder, pues su pareja también tiene proyectos que van más allá del ser madre. Hoy una pareja decide si quiere hijos y cuándo. En Chile, las mujeres comienzan a utili-



zar en forma masiva los anticonceptivos cuando durante el gobierno de Frei Montalva se inician campañas de planificación familiar —para controlar la natalidad y espaciar el nacimiento de los hijos—, como una forma de contener la pobreza y disminuir las tasas de mortalidad materna e infantil. Pero, más allá de las políticas oficiales, también las mujeres empezaron a hacer uso de los anticonceptivos para ser dueñas de su propio cuerpo y comenzar a decidir cuándo querían tener hijos y cuántos. Por primera vez en la historia de la humanidad las mujeres pasan a controlar la reproducción, la decisión de tener o no hijos, decisión que antes había estado principalmente en los varones.

La visibilización de la homosexualidad, que es una realidad que comienza desde fines de los ochenta y que asoma como noticia al extenderse la epidemia del SIDA y hacerse público el hecho que esta enfermedad afecta principalmente a los homosexuales, lo que permite visibilizar que parte de la población, siendo normal, no es heterosexual. Se pone entonces en jaque la heterosexualidad, en cuanto a aquello que dice a la normalidad o a lo perverso.

La democratización de las relaciones de pareja y con los hijos, que se acentúa como característica de la familia, fuertemente influenciada por los cambios provocados por los procesos de modernidad, lo que determina nuevas relaciones en la familia. Las relaciones de la pareja requieren más intimidad y cercanía física y las relaciones con los hijos requieren no sólo cercanía, sino además, continuidad en esa cercanía. De esta manera, los hombres tienen que responder a exigencias fuertes, tanto de las parejas como de los hijos. Lo que había sido la base de esta relación, que era la autoridad, en la cual de alguna manera el proveedor tenía “la sartén por el mango”, se debilita. La mujer tiene recursos suficientes para ser autónoma, y así, el único punto que comienza a ser central es la relación de afecto, de estima, de cariño, de amor, de respeto, de lealtad. Cuando esto se quiebra, se rompe la relación, y ese fenómeno es nuevo en el contexto histórico de las relaciones entre hombres y mujeres. Por otra parte, los hijos requieren de sus padres no sólo la estabilidad económica y la norma distante, sino también una relación presencial, permanente, afectiva y de comunicación.

Todos estos son procesos que se han desarrollado especialmen-

Se ha consolidado en la región una masculinidad autoritaria, dominante, que se impone sobre otras formas de ser hombre a la que se le ha dado el nombre de masculinidad hegemónica, porque hegemoniza la forma aceptable de ser varón.



te en las últimas tres décadas que, entre otros aspectos, significa una revisión de la definición tradicional de “ser hombre”. Los propios hombres comienzan a cuestionarse acerca de su identidad, sobre la masculinidad, sobre lo que es ser hombre. Situándose en los ‘90, estas interrogantes son más reiteradas e incisivas.

Quizás el cambio más importante en los estudios de género es que si antes se preguntaba acerca de la mujer, ¿qué hay en las mujeres que conduce a que sean supeditadas, subordinadas, tengan menos recursos?; ahora se abren nuevas preguntas: ¿cómo se es hombre en una sociedad como la nuestra?, ¿qué ha llevado a cuestionarse la masculinidad tradicional?, ¿es sólo un proceso que tienen origen en aspectos de la vida personal o está directamente asociado a procesos sociales, culturales y macroeconómicos en los que están insertos?

Lo que empieza a aparecer es una mirada de género, y ésta es

una mirada política. Es decir, tiene relación con recursos de poder, ya que apela al control del cuerpo de los otros y de las otras. El problema central es el control que se ejerce sobre la otra o el otro, y fundamentado inicialmente en la biología, en el cuerpo de hombres y mujeres, pero a medida que se profundiza en ello se visibiliza que son los procesos culturales los que dan origen a las inequidades, perdiendo fuerza las explicaciones basadas en la "naturaleza".

Se trata de un modelo que a muchos varones provoca incomodidades, molestias, fuertes tensiones y, a otros, conflictos, por las exigencias que les demandan.

y un debate con mujeres feministas, que les introduce en las teorizaciones sobre cómo la dominación y el acceso a recursos de poder diferenciados pasa a ser una cuestión central en la relación entre hombres y mujeres y entre los propios varones.

En América Latina, desde 1994, empiezan las investigaciones más sistemáticas, siendo el estado del arte sobre este tema bastante acumulativo. Existen

sobre seiscientas investigaciones de hombres, y artículos de revistas académicas. En Chile, desde hace diez años, se encuentran trabajos interesantes; alrededor de medio centenar de libros publicados sobre sexualidad, violencia, familia, paternidad y masculinidad, y ha comenzado, asimismo, una reflexión que se expresa en el surgimiento de redes, realización de debates y seminarios.

Lo primero que se estudió fue cómo el hombre se construye como hombre, o sea cómo el hombre se hace hombre en cada uno de los países latinoamericanos; en Iquitos, Cuzco, Lima, Bogotá, Armenia (Colombia), Ciudad de México, Santiago de Chile, Buenos Aires, en diversas ciudades de Brasil, así como en estudios que han ido abarcando los distintos países de la región. Lo que empieza a aparecer es que hay una forma de ser hombre que pasa por "el deber ser" de los hombres, que los obliga, les manda, les señala que son importantes, más que las mujeres; pero que ello no basta, sino que además deben mostrarse como más importantes, deben demostrar al resto —y particularmente a las mujeres— que son superiores. Surge como resultado de estas investigaciones, a partir de fines de los noventa, la constatación de que se ha consolidado en la región —y no sólo aquí— una masculinidad autoritaria, dominante, que se impone sobre otras formas de ser hombre a la que se le ha dado el nombre de masculinidad hegemónica, porque hegemoniza la forma aceptable de ser varón.

Después se comenzó a estudiar la paternidad: qué es lo que es ser padre, cómo los hombres aprenden a ser padres, y cómo se supone que las madres son madres. En estos estudios se reitera que existe una forma hegemónica de la paternidad que lleva a los varones a compararse con esa

Este modelo de masculinidad —"norma" y "medida" de la hombría— plantea la paradoja de que los hombres deben someterse a cierta "ortopedia", a un proceso de hacerse "hombres" al que están sometido desde la infancia.

Los hombres empiezan a indagar sobre: qué pasa conmigo como hombre, padre, hijo menor o mayor; qué es lo que permite en las relaciones que se establecen en esta sociedad que no sea lo mismo ser hombre o ser mujer; qué lleva a algunos varones a tener poder sobre otros varones y sobre las mujeres; por qué no es posible seguir siendo hombre y/o padre como hasta ese momento lo han aprendido y tratan de ejercerlo. Podemos señalar que es a partir de este momento que comienzan los estudios sobre el ser hombre.

Estas primeras investigaciones se inician en los '80 en Estados Unidos, Europa y también en Australia por académicos varones desde una perspectiva de género



particular paternidad y verse a sí mismo como padre, idea que corresponde a la familia nuclear patriarcal que separa el lugar donde se tiene el hogar del trabajo y es la forma en que se constituye la familia urbana especialmente a partir de fines del siglo XIX —distinta a la familia extendida dominante en el sector rural—, la familia nuclear está compuesta por padre, madre e hijos en matrimonio para toda la vida, obediencia y respeto al varón donde el padre trabaja remuneradamente y la madre se dedica a la crianza y al acompañamiento de los hijos y a la mantención de la casa, conocido como las tareas reproductivas. Esta forma de familia asocia a la paternidad y la maternidad a roles que serían propios de las mujeres y los hombres.

Los mandatos de la masculinidad dominante y la paternidad

Las investigaciones que se han hecho sobre identidades masculinas han posibilitado explicaciones acerca del comportamiento de los varones a partir de los procesos de construcción de identidad y de socialización en los que han estado inmersos. En ellas existe un amplio acuerdo acerca de que la masculinidad no se puede definir fuera del contexto socioeconómico, cultural e histórico en que están insertos los varones, y que ésta es una construcción cultural que se reproduce socialmente.

En este marco, sin embargo, los/as diferentes autores/as coinciden en que es posible identificar cierta versión de masculinidad que se erige en “norma” y deviene en “hegemónica”, incorporándose en la subjetividad, tanto de hombres como de mujeres. Esta forma parte de la identidad de los varones y busca regular al máximo las relaciones de género.

Este “modelo” impondría mandatos que señalan lo que se espera de ellos, siendo el referente con el que se comparan y son comparados los hombres. Se trata de un modelo que a muchos varones provoca incomodidades,

Es en la etapa de la adolescencia y de la juventud cuando los varones tienen que demostrar que ya no son niños ni “mujercitas” y donde la masculinidad hegemónica adquiriría su expresión más desenfadada y a veces brutal de lo que es ser “hombre”.



molestias, fuertes tensiones y, a otros, conflictos, por las exigencias que les demandan. Si bien hay varones que tratarían de diferenciarse de este referente, ello no sucede fácilmente, dado que, así como representa una carga, también les permite hacer uso de poder y gozar de mejor estatus en relación a las mujeres y a otros hombres inferiores en la jerarquía de posiciones.

En este constructo de masculinidad dominante, los hombres se caracterizan por ser personas importantes, activas, autónomas, fuertes, potentes, racionales, emocionalmente controladas, heterosexuales, proveedores; su campo de acción está en la calle, por oposición a las mujeres, a los hombres homosexuales y a aquellos varones “feminizados”. Estos últimos formarían parte del segmento no importante de la sociedad —pasivos/os, dependientes, débiles, emocionales— y, en el caso de las mujeres, pertenecientes al ámbito de la casa y mantenidas por sus varones.

Entre los mandatos más determinantes en su vida está el que les señala a los varones que ellos se deben al trabajo, porque trabajar significa ser responsable, digno y capaz, atributos que caracterizarían a la hombría en su fase adulta plena. Es el trabajo lo que permite a los varones ser proveedores, cumplir con su deber, ser jefes de hogar y autoridad en su familia. Esta es una de las presiones que más sentirán los varones, no sólo desde sus familias, sino también desde su propia identidad, especialmente en los que tienen trabajos más precarios y menores recursos.

De hecho, investigaciones recientes (Fuller 1998, 2001; Viveros 1998, 2002; Valdés y Olavarría 1998, Olavarría 2000a, 2000b) muestran que, pese a que los varones señalan que esos serían los atributos que los distinguen de las mujeres, enfrentados a su intimidad y a la vida —según sea la etapa en su ciclo de vida—, esos “mandatos” están frecuentemente lejos de sus vivencias. Es decir, coexisten, en una sociedad dada en un momento determinado, múltiples significados de la hombría; no todos los hombres son iguales. Los varones serían impulsados a buscar poder y a ejercerlo con las mujeres, pero también con aquellos hombres que están en posiciones jerárquicas menores, a quienes pueden dominar; estableciéndose relacio-

nes de subordinación, no sólo de la mujer con respecto al hombre, sino también entre los propios varones, permitiendo la existencia de masculinidades hegemónicas y subordinadas.

Este modelo de masculinidad —“norma” y “medida” de la hombría— plantea la paradoja de que los hombres deben someterse a cierta “ortopedia”, a un proceso de hacerse “hombres” al que están sometido desde la infancia. “Ser hombre” es algo que se debe lograr, conquistar y merecer. En este contexto, para hacerse “hombre”, los varones deben superar ciertas pruebas como: conocer el esfuerzo, la frustración, el dolor, haber conquistado y penetrado mujeres, hacer uso de la fuerza cuando sea necesario, ser aceptados como “hombres” por los otros varones que ya lo son, y ser reconocidos como hombres por las mujeres. Asimismo, son los otros hombres —y no las mujeres— los que califican y juzgan la masculinidad del varón; ellas son su opuesto inferior, aun cuando su desempeño sexual los haga vulnerables a la reprobación de sus parejas.

En palabras de la mujer y lo femenino representan el límite, la frontera de la masculinidad, lo abyecto. Coincidiendo con otros/as autores/as como Judith Butler (2002), señala que el hombre que pasa el límite se expone a ser estereotipado como no perteneciente al mundo de los varones, siendo marginado y tratado como inferior, como mujer.

Según estos mismos investigadores, los varones, al enfrentar esta tarea de “hacerse hombres”, manifiestan dificultades para superar todas esas vallas y satisfacer plenamente la norma, si es que alguna vez alguno lo logra. Por el contrario, la experiencia específica de varones y mujeres señala que ambos deben superar pruebas para llegar a ser adultos, que ambos son activos y pasivos, emocionales y racionales, y que las mujeres son madres y los varones padres.

En síntesis, se podría señalar que la masculinidad hegemónica establece una variedad de requisitos para “ser hombre”: responsable, trabajador, “de la calle”, racional, emocionalmente controlado, heterosexualmente activo (penetrador), proveedor, jefe de hogar y padre, aun cuando sería más hombre si además se es blanco, físicamente fuerte y deportista, adulto joven, con educación universitaria, con ahorros en el banco, dueño de propiedades, y con dominio sobre otros hombres.

Estas presiones a las que son sometidos los varones para lograr al menos algunas de esas características, serían vivenciadas como fuentes de frus-



tración y dolor, dificultando el diálogo entre varones para no mostrar lo distante que están de esos requerimientos, reprimiendo la demostración de sus afectos y llevándolos a simular comportamientos diferentes de sus reales sentires.

Construcción de identidad en la adolescencia

Es en la etapa de la adolescencia y de la juventud cuando los varones tienen que demostrar que ya no son niños ni “mujercitas” y donde la masculinidad hegemónica adquiriría su expresión más desenfadada y a veces brutal de lo que es ser “hombre”. Es la etapa de las pruebas, de los ritos de iniciación —aquello que ha sido caracterizado como “de la naturaleza de los hombres”, de su corporeidad— lo que sería internalizado por los adolescentes/jóvenes como “lo masculino”. En esta etapa se fortalecería la homofobia, el sexismo y el heterosexismo y se harían demostraciones de ello ejerciendo violencia sobre aquellos/as que “la naturaleza” ha resuelto que son inferiores, débiles, pasivos, afeminados. Es el momento de demostrar que los varones son “verdaderamente hombres”.

Es el tiempo de “la calle”, que tiene que ver con el grupo de pares y su socialización en esta convivencia: aprendizaje de la agresión, de la sexualidad y de la transgresión de las reglas representadas por los padres.

Es el período en que viven la presión de los pares por subordinar a otros varones, afeminando a aquellos que expresan más sensibilidad, que son más débiles, que tienen el pene chico, son lampiños, no gustan de los deportes ni de los juegos bruscos, no participan de pandillas ni de conquistas engañosas a mujeres, por lo cual se constituye en una etapa que puede ser violentamente homofóbica.

Es una etapa en la que la búsqueda por demostrar su masculinidad (hegemónica) los llevaría a la formación de grupos y pandillas, con relaciones fuertemente autoritarias y lazos de solidaridad entre sus miembros, que preservarían el modelo hegemónico masculino y rechazarían cada moderación con violencia.



Es el tiempo de las pandillas que enfrentan a otras pandillas y de las barras bravas que transforman en batallas campales los encuentros deportivos entre sus equipos.

La interpretación del cuerpo del varón, como portador de “instintos”, de fuerzas irrefrenables que emergen de él, también sería adquirida en esta etapa de la vida. Es esta concepción lo que explica y justifica comportamientos de violencia, ya que en este tipo de relación con las mujeres se aprendería a separar entre sexo y amor, distinguiendo a la mujer amada de las otras; otras que son objeto de conquista para poseerlas, aunque para ello sea necesario utilizar el engaño y la fuerza. Así lo plantea, duramente, Viveros (1998) en sus estudios en Colombia cuando señala que la adolescencia es la etapa de los “quebradores”, de las pruebas de amor, de la actitud temeraria frente a la sexualidad, no asumiendo la posible paternidad, por lo que no hacen uso de preservativos en sus relaciones ocasionales

hétéro u homosexuales, pese a conocer su uso, porque a ellos no les pasaría nada, y para no afectar el goce y la capacidad de mantener una erección.



La adolescencia actual: un mundo desconocido

Si bien se ha avanzado en el ámbito de las investigaciones de los actuales adolescentes, es éste un mundo aún bastante desconocido en nuestro país. Se puede decir que lo más notable que se ha encontrado, tanto en Santiago como en localidades de no más de 3 o 4 mil habitantes (Olavarría 2003, Olavarría y Madrid 2005), es el profundo cambio en las vivencias y aprendizajes de los adolescentes en años recientes, comparado con las experiencias que tuvieron los hoy adultos jóvenes de 30 años o más. Por ello, quien crea que sabe de los adolescentes, porque él o ella también fue adolescente, rápidamente se dará cuenta que hoy los jóvenes de 16 años tienen vivencias muy distintas a las que experimentaron en sus vida de aquellos años.

Estos adolescentes que nacieron a fines de los '80 o a comienzos de los '90, en tiempos de democracia, sin guerra fría, con crisis de los partidos políticos, con televisión por cable, Internet y celulares, considerados como consumidores, como público objetivo; sin embargo, tienen un nivel de autonomía muy superior al de los jóvenes de antaño. Pero ello lleva a que los conflictos entre adolescentes y adultos —padres, profesores, entre otros/as— se agudicen en algunos casos, toda vez que los adultos no logran entender el mundo de sus hijos y/o alumnos.



Los chicos sólo cuentan lo que quieren contar, y los padres sólo saben lo que ellos cuentan, o lo que suponen que pueden contar. Es un mundo desconocido para los adultos, que además tiene una connotación nueva, la relación con los pares a través de Internet y el chateo, es decir, una comunicación que no es controlada por los padres, ni por ningún adulto. A éstos les es difícil entender y usar esta tecnología nueva. A la vez se han construido espacios de intimidad y conversación entre pares, particularmente con el grupo de amigos; aunque éstos, al mismo tiempo, son espacios secretos.


Los adolescentes han asumido, en cierta medida, y tienen claro que sus parejas van a tener sus propios proyectos de vida que van más allá del matrimonio y de tener uno o varios hijos, que serán exigentes en una medida mayor a lo que es su experiencia con madres y abuelas. Aceptan y reconocen que sus parejas trabajarán remuneradamente y aportarán como proveedoras en el hogar. Aunque añoran el modelo patriarcal, tienen conciencia de que ya no es el mismo de antes. Reconocen, asimismo, que la heterosexualidad no es un criterio definitorio en el ser hombre, que un varón homosexual, pese a la diversidad sexual, es también un hombre.

Hoy en día, para los adolescentes, la iniciativa en el espacio de los afectos y de la intimidad sexual, tanto de los hombres como de las mujeres, pasa a ser parte de la vida afectiva y de la intimidad del lazo amoroso; ya no es cuestionable como lo fue hasta algunos años atrás. De hecho, las chicas también tienen iniciativas, hacen propuestas, son más decididas en cuanto a cómo ellas practican su propia sexualidad.

En definitiva, esta nueva generación de adolescentes, con poder de decisión sobre sus vidas y con capacidad de constituir espacios de comunicación entre ellos, secretos para el mundo adulto; constituye un desafío primordial para la construcción de políticas públicas; y entre ellas, las educativas; desafío primordial que se relaciona con el acercamiento al mundo adolescente, tanto desde el campo de la investigación como el de las relaciones cotidianas, que implica abandonar los discursos normativos, construidos desde las experiencias de generaciones anteriores, para lograr una predisposición de escucha y comprensión que permita un diálogo con los adolescentes con el objetivo de ayudarlos en el proceso de construcción identitaria que, sin duda, no es fácil, pues se encuentra en conflicto con los modelos hegemónicos.


Bibliografía

- Butler, Judith (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Paidós. Buenos Aires, Argentina.
- Fuller, Norma (1997). *Identidades Masculinas. Varones de clase media en el Perú*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Fuller, Norma (1998). "La constitución social de la identidad de género entre varones urbanos del Perú", en Valdés, T. y J. Olavarría (eds.) (1998) *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, FLACSO, UNFPA, Santiago.
- Fuller, Norma (2001). *Masculinidades. Cambios y permanencias*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, Perú.
- Olavarría, José (2001a). *Y todos querían ser (buenos) padres*. FLACSO. Santiago, Chile.
- Olavarría, José (2001b). *¿Hombres a la deriva? Poder, trabajo y sexo*. FLACSO, Santiago, Chile.
- Olavarría, José (2003). "¿En qué están los varones adolescentes? Aproximaciones a estudiantes de enseñanza media", en Olavarría, José (ed.) (2003) *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*. FLACSO/ UNFPA y Red de Masculinidades. Santiago, Chile.
- Olavarría, José y Sebastián Madrid (2005). *Sexualidades adolescentes y políticas públicas. Varones adolescentes: sexualidad, fecundidad y paternidad en América Latina y el Caribe. Una mirada desde el género*. UNFPA/EAT, FLACSO. México.
- Viveros, Mara (1998). "Quebradores y Cumplidores: biografías diversas de la masculinidad", en Valdés, T. y J. Olavarría (eds), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, FLACSO, UNFPA, Santiago.
- Viveros, Mara (2002). *De quebradores y cumplidores. Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. CES. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.
- Valdés, T. y J. Olavarría (1998). "Ser hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo, un mismo modelo", en Valdés, T. y J. Olavarría (eds.) (1998) *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, FLACSO, UNFPA, Santiago.




EDICIONES MORATA, S. L.
 Mejía Lequerica, 12
 Teléf. 91 448 09 26
 28004 MADRID

NOVEDADES:




J. L. Kincheloe
 Sh. R. Steinberg
 L. E. Villaverde (Comps.)

Repensar la inteligencia
 240 págs.
 P.V.P.: 20,90 euros




D. Sperber

Explicar la cultura
 164 págs.
 P.V.P.: 17,10 euros




J. Alonso Tapla

Motivar en la escuela, motivar en la familia
 252 págs.
 P.V.P.: 20,10 euros




J. P. Gee

La ideología en los Discursos
 232 págs.
 P.V.P.: 20,10 euros



J. Gimeno Sacristán

La educación que aún es posible
 184 págs.
 P.V.P.: 16,70 euros



K. Karmiloff
 y A. Karmiloff-Smith

Hacia el lenguaje
 368 págs.
 P.V.P.: 17,30 euros

morata@edmorata.es - www.edmorata.es